

LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO

EL pasado mes de mayo se estrenaba en el Teatro Español de Madrid, la obra original de Fernando Fernán Gómez "Las bicicletas son para el verano", Premio Lope de Vega de Teatro.

La crítica de diarios y revistas, con alguna excepción, ha considerado que este estreno ha constituido un acontecimiento en el teatro en lengua española. Habría, sin embargo, que situar en su verdadero espacio dicha obra.

Fernán Gómez ya había escrito otras obras, la última estrenada fue "Los domingos, bacanal". Pero antes de escribir era ya un pleno hombre de teatro, con numerosas incursiones en el mundo del cine. Su labor como actor es realmente impresionante, su amplitud de registros y su capacidad de creación del personaje, y lo que es más importante, el haber sabido situar al mismo en el interior de la representación, en relación con el resto de los que componen el conjunto, son características a tener en cuenta a la hora de analizar su labor como dramaturgo, (y en este caso el término respondería a las definiciones que tiene en el mundo sajón y en el latino). Así mismo, y aunque haya sido mucho más contestado, su trabajo como director de cine es un punto clave que nos desvela su capacidad literaria.



Quien haya tenido ocasión de ver su película "El extraño viaje", habrá podido comprobar cómo Fernán Gómez entra de lleno en el conocimiento de la cotidianidad del pueblo español. Y lo que podía haber dado lugar una sucesión de chistes fáciles y de un humor de sal gorda, se ha convertido en un tapiz de la España rural, contemporánea al desarrollismo urbano de los sesenta, donde los hilos del humor, que produce su visión, la tragedia, la soledad, la incultura,... se han ido entretejiendo de forma equilibrada y compacta, dejando al final el incómodo reflejo del espejo que ha devuelto sintetizada la imagen del mundo en que el espectador vive inmerso.

Igual tratamiento recibe la obra en cuestión, situada en un espacio y tiempos distintos pero sucesivos en la configuración de un pueblo. Aquí se presenta una España anterior, la del treintaiséis, la de la guerra civil, y en vez del campo, la ciudad, y nada menos que Madrid.

Antes de entrar de lleno en "Las bicicletas son para el verano", conviene detenerse en lo que el propio autor piensa de su obra, quien dice que "empecé a planear la obra con el propósito concreto de enviarla al concurso", ya que con "La coartada" había quedado finalista en 1975 del mismo premio.

Es éste un dato muy importante y destacable, porque da la medida de lo que Fernán Gómez pretendía, y se puede calibrar mejor lo conseguido. Si se tiene en cuenta el jurado del Premio Lope de Vega, el local a que va destinado, "El Español", pues una de las bases indican que el premio ha de ser estrenado en dicho teatro, y la entidad que lo promocio-na, el Ayuntamiento de Madrid anterior a las elecciones democráticas de 1979, se podrá concluir inmediatamente, que no se puede tratar de un teatro innovador, con un lenguaje nuevo o con un aire de vanguardia. Ha de ser un teatro de factura clásica, en línea de lo premiado anteriormente y sin perder de vista el hito que supuso en su momento el también Premio Lope de Vega "Historia de una escalera", de Antonio Buero Vallejo.

El que ésto sea malo o bueno es otro punto reseñable, digno de otro análisis. Cabe apuntar, no obstante, que se ha alabado en el arte lo vanguardista por el sólo hecho de serlo, sin entrar en más reflexiones y despreciando otras vías tan sólo por no ser nuevas. Y ésto sí que es un error, máxime al tener en cuenta la gran estafa que para el arte, la literatura, el cine, el teatro, están suponiendo muchas obras que se amparan en la vanguardia para saltar a la galería. La vanguardia ha de emocionar y ser un





Fernando Fernán Gómez (Dibujo de Justo Barboza)

(De "El País")



Una escena de la obra **Las bicicletas son para el verano** y su autor, Fernando Fernán Gómez (Fotos de Raúl Cancio).

tirón en el pensamiento, la mentalidad y la estética de una época para poder ser considerada como tal.

Hechas, pues, estas consideraciones, se puede entrar con mejor pie en la propia obra. Como se ha apuntado, "Las bicicletas..." se sitúa en Madrid, en el espacio de una casa de pisos, de la que el espectador sólo verá dos y el sótano, (también aparece la Ciudad Universitaria). La vida que corre por ese espacio es bastante heterogénea. Junto a las dos familias principales, la de D. Luis y la de Doña Antonia, viven otras personas y grupos de ese mundo, hasta un total de veintitrés personajes, aportando todos ellos, a excepción de los tres vecinos si se quiere, datos sustanciales y necesarios para la mejor comprensión del texto. El tiempo en que transcurren los hechos que se representan se extiende desde el día del asesinato de Calvo Sotelo, en julio de 1936, hasta unos meses después de la toma de Madrid por el general Franco, en plena depuración por parte del régimen recién instaurado. Este tiempo se traduce en la representación en una duración aproximada de tres horas.

La acción es muy compleja, ya que no es la historia de unos personajes con una serie de hechos sucesivos. "La bicicletas..." es, antes que nada, un gran fresco en el que los hechos de la guerra nos van llegando filtrados, desde los distintos frentes, a través de los diversos protagonistas de esta historia, hombres y mujeres que se encuentran en Madrid. Don Luis, empleado de una fábrica de licores, simpatizante de las ideas del Frente Popular y preocupado por la situación, que tratará de ir asimilando, junto a su mujer, doña Dolores, que responde al esquema tradicional de la mujer en esa época, con dos hijos, Manolita, que será el personaje que quizá mejor transmita las ilusiones y decepciones, trágicas en su caso, que tuvieron muchos jóvenes, y Luis, puede que el más entrañable del conjunto, con su paso de la adolescencia a la juventud, madurando en la retaguardia de una guerra. En la otra casa una viuda y sus dos hijos, uno idiota y el otro un joven que marcha al frente, rezuman una sensación de ignorancia y de la pobreza mental que tendrían tantos en aquellos momentos, y que serían los más fáciles de manipular.

Todos ellos contarán y dejarán sus vidas a lo largo de toda la obra, pero no acaba aquí el retablo, ya que aparecerán la mujer e hija del casero, gente de mejor posición y de quien se supone que al marido le han dado "el paseo", un familiar anarquista de don Luis y de doña Dolores, María, su criada, que se marchará junto a un detallista de alimentación de aires estraperlis-



ras, doña Marcela y su hijo, un empleado de banca, y Rosa, una puta que se acoge al amparo de doña Antonia.

Las situaciones, conforme se va alargando la guerra civil, se van complicando, y los personajes, por necesidad, van entretrejiendo sus actuaciones, ahogando las posibles contradicciones y diferencias que pudiera haber entre ellos. Sus vidas se van haciendo transparentes y los posibles defectos de cada uno les van saliendo a flor de piel. No son, pues, personajes superficiales y sin historia, sino que la fuerza del momento es suficiente como para llenar las vidas de todos. La guerra les superará, pasará sobre ellos sin detenerse y sin piedad. Todas sus vidas quedan quebradas, aunque no lleguen a ir al frente y aunque no lleguen a morir. El tiempo de la guerra, como se aprecia, ha quedado reflejado en el texto, el ritmo interior de la obra lo irá asumiendo y un creciente pesimismo, encubierto en un deseo general de que acabe la guerra, se va apoderando de todos ellos. Doña María Luisa, la casera, también sufrirá, sólo que en sentido contrario, esa evolución de la guerra, pedirá favores con la promesa de ayudar en la postguerra.

Hay, pues, un variado y rico cuadro de costumbres, como el propio autor define a su obra, pleno de vida.

Pero, ¿cómo ha puesto en pie todo esto Fernán Gómez? El autor ha elaborado una obra cíclica. La obra comienza en la Ciudad Universitaria, con Luis y su amigo Pablo jugando a las guerras y contándose ambos las ganas que tienen de que allí se desarrolle una, como la de Abisinia. Y termina en el mismo lugar, en la ya destrozada Ciudad Universitaria, con un ya maduro Luis que recibe el encargo del padre de cuidar a la familia si es llevado a un campo de concentración. En el centro, a través de escenas rápidas y alternas, enganchadas a la manera de las hojas de un biombo, se van sucediendo las distintas historias de los personajes, entrecruzando sus vidas.

Con un gran conocimiento del teatro, el autor ha construido los diálogos de manera que lleguen rápidamente y que sus intérpretes puedan jugar con múltiples silencios y ambigüedades que hagan brotar en el espectador una risa negra y amarga. A esto ayuda también la traslación que de lo más cotidiano y creíble ha llevado a cada personaje, dándole características cercanas a los propios espectadores.

Tras haber analizado el texto hay que ver cómo ha sido interpretado por José Carlos Plaza y los diferentes actores que encarnan a los distintos personajes.



Un primer hecho destacable es el de que Fernando Fernán Gómez, aun siendo hombre de teatro, no ha dirigido la realización de su propia obra. Lo cual, entrando en la polémica sobre la separación o no entre autor por un lado, y director, actores, escenógrafo,... por otro, habría que considerarlo positivo. El autor, que podía haberlo hecho todo, ha dado las suficientes claves a través de su texto como para que se puedan hacer múltiples lecturas del mismo. Al ser otra persona distinta la encargada de este menester, ha habido un enriquecimiento de las posibilidades que da la obra.

En este sentido se ha podido asistir esta misma temporada a la ruina que de su propia obra "Coronada y el toro" ha hecho Francisco Nieva al llevarla a la escena. Un manierismo cada vez más limitado en "trucos" y "sorpresas", está acabando con toda la riqueza verbal y de imágenes que otros directores podrían extraer de la obra de Nieva. Ahí está como muestra el camino descendente recorrido a partir de "Los Baños de Argel" de Cervantes-Nieva.

Plaza ha corrido sobre los guiños de Fernán Gómez sin detenerse en ellos, dándole un aire de unidad a la representación, con un sentido de amargura ascendente, tratando de ajustar la labor de los actores a esa misma idea patrón: la galería humana de unos hombres y mujeres de la guerra civil. Se le ha escapado, sin embargo, Mari Carmen Prendes, con sus interpretaciones exageradas, y las escenas del comienzo y del final que son un tanto extrañas al ritmo general de la obra.

El tono de destrucción que lleva consigo el texto se va traduciendo en la interpretación de cada uno de los actores, que van haciendo cada vez más patente su abatimiento, de forma conjuntada, como en un "crescendo" continuo y cada vez más perceptible. Así mismo se muestra esa destrucción en la escenografía, con unas fotos del Madrid destruido por los bombardeos, y en esos actores mudos, situados en la escalera de la casa que muestran su miedo cada vez más. La música de tan obsesiva sobra, se amontona por encima de las calidades de los actores.

En definitiva, se trata de una compleja obra de teatro, nada innovadora, que no crea un lenguaje o estilo nuevo, pero ciertamente muy válida, con un reflejo social vibrante y llevada al escenario con una dignidad y rigor bastante más que estimables.

